



XIX Encuentro de Centros de Cultura

La conversión política y las universidades católicas de América Latina y el Caribe como *alma mater* de ciudadanía

Propósito: responder al llamado que Su Santidad Francisco hace desde el Pacto Educativo Global, a “renovar la economía y la política”, generando una reflexión entre las universidades católicas de Latinoamérica respecto de los desafíos que se registran en la *polis*, y donde se espera que, a tono con la apuesta por una Iglesia en salida, estas instituciones den una respuesta acorde a los signos de los tiempos y a la luz de la siempre esperanzadora impronta evangélica.

1. Tiempos de crisis y la necesidad de una conversión política

La democracia se encuentra en evidente crisis. Si hace un par de décadas nos preguntábamos cómo *mejorar* las instituciones, procedimientos y reglas de este régimen político, hoy la cuestión que se impone es ¿queremos continuar por la vía democrática? Tal como describe Yascha Mounk en *The People vs. Democracy* (2018), no está en duda que nos encontramos en un momento populista, pero, ¿acaso este momento se convertirá en una era populista? La debilidad democrática, la crisis de representación y de legitimidad que atraviesan numerosos gobiernos no puede circunscribirse a un continente o región, pues nos enfrentamos hoy con una crisis global del sentimiento democrático, como lo demuestra la enorme cantidad de textos publicados sobre la materia en los últimos años.

América Latina tiene, sin embargo, una relación compleja y peculiar con la democracia. Tierra del encuentro entre Europa y civilizaciones ancestrales, la democracia llegó tarde a Latinoamérica, y mantuvo siempre un aroma de extrañeza, de extranjería. Sólo a través de décadas de una lenta y difícil apropiación, la democracia comenzó a producir raigambre propia en nuestras sociedades. Hoy, sin embargo, la democracia está siendo expulsada de las sociedades. De acuerdo a la última entrega del estudio de *Latinobarómetro* (2023), una importante cantidad de sociedades latinoamericanas muestran un apoyo insuficiente a la democracia: entre 1997 –punto de máximo apoyo promedio a la democracia en la región– y 2023, el apoyo a la democracia como la mejor forma de gobierno descendió de 65 a 48 por



ciento, una pérdida total de 17 puntos porcentuales. Los países donde el apoyo a la democracia ha descendido más drásticamente entre 2020 y 2023 son Venezuela (-12), Costa Rica (-11), México y Guatemala (-8). En contraparte, Panamá (+11), Argentina (+7) y Brasil (+6), son países donde la democracia se ha fortalecido.

Las razones de la crisis son variadas, pero pueden identificarse algunos macrofenómenos de gran calado, como la sensación de distanciamiento y extrañamiento entre la ciudadanía y sus representantes populares; la consolidación de una tecnocracia no sujeta al voto y control populares; el incumplimiento de promesas que o bien pertenecen al ámbito de la democracia o se las ha asociado, como el caso de la reducción de la desigualdad y la atención a los grupos más vulnerables de la sociedad, o la provisión de seguridad; finalmente, no puede descartarse dentro de las causas de la crisis la explosión de una cultura de *fake news* como resultado de un narcisismo-relativismo que produce un desfondamiento del lenguaje y, en consecuencia, la erosión de los fundamentos antropológicos, sociales y culturales que mantienen el vínculo social, lo que Alexis de Tocqueville llamara *mœurs*, esto es, los hábitos del corazón a través de los cuales cobra vida una comunidad, mismos que están íntimamente ligados, insiste Tocqueville, con el rol *social* de la religión en democracia.

El propio Papa Francisco ha realizado un diagnóstico esclarecedor sobre el malestar por el que atravesamos muchos pueblos: “...no se puede dejar de constatar con preocupación cómo hoy, no sólo en el continente europeo, se registra un retroceso de la democracia. Ésta requiere la participación y la implicación de todos y, por tanto, exige esfuerzo y paciencia; la democracia es compleja, mientras el autoritarismo es expeditivo y las promesas fáciles propuestas por los populismos se muestran atrayentes. En diversas sociedades, preocupadas por la seguridad y anestesiadas por el consumismo, el cansancio y el malestar conducen a una suerte de “escepticismo democrático”. Sin embargo, la participación de todos es una exigencia fundamental, no sólo para alcanzar objetivos comunes, sino porque responde a lo que somos: seres sociales, irrepetibles y al mismo tiempo interdependientes” (*Discurso en el Palacio Presidencial de Atenas*, 4 dic 2021).

Otro aspecto fundamental a considerar, es referir a la región de América Latina y el Caribe como la de mayor desconfianza interpersonal en todo el mundo, donde solo el 12% confía en las otras personas (Latinobarómetro, 2023), es decir, solo 1 de cada 10 latinoamericanos considera que puede confiar en los demás (BID, 2022). No es posible construir sociedad –ni mucho menos ciudadanía– sobre la base de la



desconfianza; no hay posibilidad para un futuro común. La desconfianza interpersonal incapacita crear acuerdos, no permite el encuentro o la interacción con el otro, ni la pertenencia a grupos u organizaciones de la sociedad civil. Todo esto demerita la democracia, porque se va disolviendo la *polis* y va desapareciendo el *demos*. Observamos que nuestras sociedades han sido incapaces de crear confianza en al menos los últimos 20 años, y en esto reside una buena parte de la actual recesión democrática, lo que deja a la región vulnerable y abierta a más populismo y regímenes no democráticos (Latinobarómetro, 2023).

Así pues, la crisis política por la que atravesamos, nos urge a realizar un serio examen sobre la antropología que está a la base de las democracias liberales caracterizadas por el nihilismo jurídico, la desintegración del tejido social y la cultura del descarte. En efecto, asistimos a los frutos sociales de un árbol que hunde sus raíces en ontologías de la violencia –como ha denunciado Milbank– y en antropologías lupinas –como pensaba Hobbes–. Las universidades podemos catalizar esta *conversión política* de toda la sociedad, esta suerte de *metanoia*, que comience por reconocer en la antropología relacional un sustrato sano y sensato sobre el cual comenzar a edificar las democracias que Latinoamérica necesita en el siglo XXI. Conversión que implicará dejar hábitos dañinos y adquirir otros benéficos y que no caerá en la tentación de idolatrar tiempos pasados, sino que asumirá osadamente la responsabilidad de crear nuevos futuros de esperanza, paz y justicia.

Habría que ir, empero, un paso más lejos, y preguntarnos por la posibilidad de realizar una lectura de lo político desde la teología. Esta tarea, que no ha sido nunca ajena ni extraña al cristianismo, pero se antoja hoy urgente en extremo una vez que asimilamos la profundidad de la crisis que experimentan nuestras sociedades. Contra experimentos populistas que se presentan a sus comunidades en clave escatológica, prometiendo la resolución definitiva, aquí y ahora, de los problemas humanos fundamentales, una teología política auténtica debe partir del realismo cristiano para, desde ahí, confrontar la política actual, criticando la incapacidad que instituciones, códigos legales y representantes populares han mostrado para satisfacer exigencias mínimas para el florecimiento humano. Asistiríamos, en esta situación, a una teología política que renuncia a utilizar la religión como ariete político, rechaza cualquier intento de divinización del estado y, como su anverso, critica como anticristiano el uso del aparato estatal al servicio de los fines de algún credo. Sólo desde esta perspectiva es posible promover una teología política auténticamente cristiana, una que se antoja urgente en nuestra era populista.



2. La universidad como laboratorio de democracia

La universidad es un lugar privilegiado donde “está en juego el significado de la investigación científica y de la tecnología, de la convivencia social, de la cultura, pero, más profundamente todavía, está en juego el significado mismo del hombre” (*Ex corde ecclesiae*, §7). Es un llamado a la integración de saberes, la esencia universitaria se manifiesta siempre en forma de una tensión entre memoria y prospectiva, entre tradición y reforma: la universidad es siempre depositaria de la memoria humana, sitio que custodia los saberes, *transmitiéndolos*, al tiempo que lugar de la crítica permanente, la puesta al día y la actualización de conocimientos.

Es en este movimiento perpetuo que la universidad es capaz de llevar a cabo la tarea que se le ha encomendado, a saber, la formación de personas, “una educación que armonice la riqueza del desarrollo humanístico y cultural con la formación profesional especializada” (*ibid.*, §23), tarea que, evidentemente, no puede dejar de lado la *formación de ciudadanía*, entendida ésta como la transmisión y consolidación de virtudes en la persona del estudiante que le permitan vivir su vida en clave comunitaria.

Ahora bien, en tanto lugar para la búsqueda apasionada de la Verdad –esa que armoniza e integra el saber humano hacia la realidad última, que no es otra que el Dios que ama a su criatura (Jn 3,16)– la universidad es, por esta misma condición, lugar que defiende la libertad, pues, “verdad y libertad, o bien van juntas o juntas perecen miserablemente” (*Fides et ratio*, §90). Esta verdad, finalmente, sólo puede entenderse cristianamente en el íntimo encuentro con la caridad. Como recuerda Benedicto XVI, “se ha de buscar, encontrar y expresar la verdad en la «economía» de la caridad, pero, a su vez, se ha de entender, valorar y practicar la caridad a la luz de la verdad” (*Caritas in veritate*, §2).

Esta triada, libertad-verdad-caridad establece obligaciones puntuales a la universidad católica en su tarea de formadora de ciudadanía, así como de iluminadora de las realidades y promotora de su transformación. Esto, porque la democracia no puede sino entenderse como un régimen político que defiende la libertad de los seres humanos, misma que no puede deslindarse de las verdades fundamentales propias de una saludable antropología –como demuestra la doctrina de los derechos humanos que Jacques Maritain y otros laicos explicaron como ideas provenientes de una fértil matriz cristiana– ni tampoco de los principios de acción política que se derivan de la *caritas*, como la solidaridad, la subsidiaridad y el bien común.



Desde esta perspectiva, la universidad hace suya una labor eminentemente política, a saber, *la formación de ciudadanos virtuosos y la gestación de bienes comunes*. Esto implica, como se ha dicho, rechazar toda reducción utilitarista de la universidad, que quiere verla como una fábrica de profesionistas dóciles e incapaces de pensar auténtica y comprometidamente, o de templos donde se profundiza en un saber estéril, desarraigado del acontecer de su entorno y socialmente irrelevante. Implica, en cambio, adoptar una idea de volcar sus funciones sustantivas hacia la formación de personas y el aporte de su intelectualidad para asumirse como un participante fraternal, resistente y resiliente, crítico y solidario de la comunidad en la que vive. Tal como Benedicto XVI sugiere: “El compromiso por el bien común, cuando está inspirado por la caridad, tiene una valencia superior al compromiso meramente secular y político. Como todo compromiso en favor de la justicia, forma parte de ese testimonio de la caridad divina que, actuando en el tiempo, prepara lo eterno” (*Caritas in veritate*, §7).

La universidad católica es responsable hoy de responder al reto que lanza el Papa Francisco de construir una comunidad fraterna donde, lejos de preguntarnos por quienes están *cerca* de nosotros, nos exige “volvemos nosotros cercanos, prójimos” (*Fratelli tutti*, §80), invirtiendo el movimiento y privilegiando la salida y el encuentro con el otro que, por estar lejos, más exige al cristiano ir hacia el sufriente quien, por ese mismo hecho, se convierte para nosotros en “una auténtica parusía de Cristo”, tal como enseña el teólogo Joseph Ratzinger en *La Fraternidad de los Cristianos* (2004). Cumplir este mandato exige a la universidad evidenciar desde el rigor de los análisis, y sensibilizar desde la experiencia vital en sus campos formativos sobre las simulaciones del poder en los que “el desprecio de los débiles puede esconderse en formas populistas” (*Fratelli tutti*, §155), donde la soberbia búsqueda de beneficios privados es disfrazada de genuina preocupación por los menos aventajados. La universidad tiene la digna tarea de mostrar a la juventud y en general a la sociedad la terrible mentira de tantos regímenes autocráticos que disfrazan su ambición detrás de una escenografía pseudodemocrática. Como enseña Francisco, contra estos encantadores, la universidad debe enseñar que “la categoría de ‘pueblo’ es abierta. Un pueblo vivo, dinámico y con futuro es el que está abierto permanentemente a nuevas síntesis incorporando al diferente” (*Fratelli tutti*, §155). Para esto, se propone un diálogo fructífero como mecanismo para la solución de conflictos que permitan la concordia y la construcción de paz.



En conclusión, la mejor política no puede ser otra, que una donde libertad, verdad y caridad avanzan con un mismo paso y una misma dirección.

3. Temática del *Encuentro de Centros de Cultura 2024*

En contra de estacionarnos en una mera ontología y axiología de la democracia—que han sido exploradas y discutidas ampliamente en los últimos años—, proponemos un enfoque *pedagógico* que logre unificar la labor universitaria con la lógica democrática. Dicho enfoque pretende adentrarse en el corazón de la democracia, entendiendo ésta desde una perspectiva *sustantiva* antes que meramente procedimental, esto es, como una forma de organización social antes que como un amasijo de instituciones y leyes que gobiernan el acceso y transferencia del poder político.

Partimos de una intuición fundamental, a saber, que la vida laical debe entenderse como un laboratorio para el fértil crecimiento de intuiciones que alimentan la Doctrina Social de la Iglesia. Estas intuiciones, por supuesto, deben estar alineadas siempre con el magisterio, que tiene el deber de recoger y discernir las distintas manifestaciones de lo cristiano que se producen en una miríada de situaciones particulares a lo largo y ancho del planeta, tal como indica la Comisión Teológica Internacional citando a John Henry Newman: “el don de discernir, discriminar, definir, promulgar y hacer cumplir cualquier parte de esa tradición reside únicamente en la *Ecclesia docens*” (*Sensus fidei in the life of the church*, §77). El *sensus* del Pueblo de Dios encuentra concreción y sanción en el magisterio, que articula estas intuiciones fundamentales, desarrolladas en distintos ambientes históricos, culturales y poniéndolas a disposición de la Iglesia entera.

La pregunta central en esta pedagogía es, pues, *¿cuáles son las prioridades democráticas de las universidades católicas? ¿cuáles sus responsabilidades y sus alcances y límites?* La universidad no puede entenderse, en este sentido, como un jugador político a la manera que un partido político, un sindicato o una transnacional lo son. La universidad es, hemos dicho, sitio de la apasionada búsqueda y defensa de la verdad en libertad, misma que conduce necesariamente a una perspectiva de encuentro con el otro fundado en la caridad. La responsabilidad primera de la universidad es, en esta lógica, la de *formar ciudadanas y ciudadanos responsables*; luego, atendiendo a la convocación de Su Santidad Francisco ser *universidades en salida*, la de volcar con audacia su propuesta investigadora para atajar los grandes



desafíos que en todos los órdenes enfrenta la humanidad.

De tal forma, nuestro evento quiere seguir la metodología donde se combinan conferencias magistrales y ponencias de investigadores, con mesas redondas y otros espacios de “encuentro” donde se fomentará el diálogo y la construcción conjunta. No sólo se trata que podamos analizar la temática que nos convoca, sino también poder vivir el Encuentro en un proceso de construcción cuasi sinodal, tal como nos invita la Iglesia en estos tiempos: a caminar juntos. Para lograrlo, seguiremos puntualmente con la estrategia de trabajo *Ver - Juzgar - Actuar*¹, a fin de estar en condiciones de ofrecer un diagnóstico de la realidad que nos permita, primero, situarnos en las principales problemáticas por las que atraviesa América Latina, y después analizar, criticar y pensar en clave de Iglesia sobre el papel que tienen las universidades en esta situación, que implica tanto *pensar* cómo *actuar* en aras de la construcción de sociedades fraternales, en salida y en la construcción gozosa de bienes comunes.

- 1) **Ver.** Toda propuesta de solución a un problema implica necesariamente, para que ésta sea efectiva, una seria consideración de la realidad. La violación de esta condición, que puede antojarse como necia, está en la base de una gran cantidad de doctrinas e ideologías que, abandonando la realidad o siendo selectivas respecto de ésta, terminan por ofrecer perspectivas antropológicas o sociológicas parciales, sectarias o simplemente erróneas. Para evitar caer en este error, el primer paso es una revisión seria de la realidad, en tres momentos:
 - a) Se propone invitar la presentación de los resultados del *Informe Latinobarómetro 2023* (<https://www.latinobarometro.org/lat.jsp>), que muestra que la confianza interpersonal, así como la recepción y legitimidad de la democracia en la región se han debilitado considerablemente en los últimos años. Estos datos constituyen una radiografía rápida –que, aunque incompleta, es de una riqueza innegable– para comprender la realidad de nuestras sociedades y su relación con el *ethos* democrático.
 - b) En este proceso de escucha de la diversidad de voces, un segundo momento busca moverse desde lo general a lo particular, a fin de

¹ Juan XXIII, *Mater et Magistra*, n. 236: “Ahora bien, los principios generales de una doctrina social se llevan a la práctica comúnmente mediante tres fases: primera, examen completo del verdadero estado de la situación; segunda, valoración exacta de esta situación a la luz de los principios, y tercera, determinación de lo posible o de lo obligatorio para aplicar los principios de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar. Son tres fases de un mismo proceso que suelen expresarse con estos tres verbos: ver, juzgar y actuar.”



adentrarnos en el tejido social y desde ahí aprender la realidad de algunos países y regiones especialmente representativos de Latinoamérica. En este segundo momento se privilegia lo cualitativo sobre lo cuantitativo, compartiendo fraternalmente las distintas experiencias en diversos puntos de la región.

- c) Un tercer momento sugirió un desplazamiento desde lo experiencial al análisis de los principales desafíos de América Latina, a fin de reconocer que la crisis de la democracia es un fenómeno sistémico y multifactorial. Debemos leer, pues, esta crisis en diferentes claves, a fin de construir el complejísimo rompecabezas de la situación actual. Se propone, pues, una reconstrucción del fenómeno a partir de *la investigación y el análisis de académicos de distintas universidades sobre algunos de sus elementos constitutivos principales*: desigualdad, trabajo, representación política, desgaste o mutación del concepto de autoridad y de su base de legitimación, crisis de la información en la posverdad (*fake news*), etc.
- 2) **Juzgar.** El ejercicio de juicio implica el apareamiento crítico de la realidad con principios de doctrina social que nos permitan generar, por así decirlo, vectores que apunten la dirección hacia donde debemos direccionar nuestros esfuerzos a fin de conseguir un cambio cualitativo en las sociedades latinoamericanas hacia la construcción de la paz y el bien común. Este ejercicio crítico quiere demostrar la vigencia de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, generando por ende una crítica del catolicismo a la democracia. Aquí es donde tiene cabida la idea expresada en un inicio: “conversión política”, tanto de las universidades en cuanto han de madurar su agencia y asumir su responsabilidad en el concierto de las instituciones sociales, como de la sociedad entera, catalizada, orientada y acompañada en su *metanoia* por las universidades.
- a) Tomando como base el capítulo IV del *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia* sobre los principios de esta doctrina –bien común, destino universal de los bienes, subsidiaridad, participación, solidaridad, verdad, libertad, justicia y caridad–, se quiere confrontar a la democracia con estos postulados de orden social, a fin de destacar dónde las democracias en América Latina han quedado cortas en el desarrollo de estos principios y, consecuentemente, cómo las



universidades pueden coadyuvar a insuflar en los ciudadanos dichos principios.

- b) Una segunda tarea deberá contemplar una crítica a las instituciones de la democracia, desde la perspectiva de cómo cumplen, o dejan de cumplir, con los principios de la vida social que defiende el cristianismo.
 - c) En tercer lugar, a fin de concretar la propuesta de abordar el problema desde una visión *sustantiva* de la democracia, debemos analizar la primacía de la sociedad civil sobre el funcionamiento institucional y legal. Lo anterior se desprende de la convicción, compartida por teóricos de la democracia como Alexis de Tocqueville, de que la democracia implica, antes que nada, un *modo* de organización social, y que sin este requisito todo intento por democratizar el espacio público resulta incompleto.
 - d) Como cierre de esta sección proponemos aproximar el juicio desde la perspectiva propuesta por el Papa Francisco en el capítulo V de *Fratelli tutti*, intitulado “La mejor política”. Aproximar lo político desde un documento que abre con una reflexión sobre la parábola del buen samaritano nos parece una forma sensata y potente de cerrar nuestro discernimiento sobre la democracia, confrontando a esta con el llamado a la caridad, signo último de lo cristiano.
- 3) **Actuar.** Finalmente, las universidades queremos pasar al ámbito de la acción. Deslindando con claridad cuáles, y cuáles no, son las responsabilidades que tienen las universidades para con la vida democrática de nuestras sociedades, el último momento de la reflexión impone la discusión de una *pedagogía democrática* de corte católico que, desde las universidades, impregne el corazón de los estudiantes a fin de asegurar que, a su egreso, sean no solamente excelentes profesionistas, sino ciudadanos responsables y personas comprometidas con valores fundamentales para la construcción de una vida social pacífica y gobernada conforme a la justicia, la libertad, la verdad y la caridad. Esta pedagogía, creemos, se produce en dos niveles correlacionados, pero con metodologías y audiencias distintas.
- a) *Investigación.* Entendemos la labor investigativa en la universidad desde una perspectiva doble, esto es, tanto de *custodia* (retrospectiva), en el sentido de mantener la memoria viva del tesoro del saber y como testimonio continuo y público de una cultura que fecunda el tejido social, como en el sentido de *sueño* (prospectiva), esto es, como



- reflexión de nuevas posibilidades democráticas para América Latina, de la creación y protección de instituciones que encarnan la democracia.
- b) *Formación*. La universidad es, antes y por encima de todo, formadora de personas. En cuanto al tema que nos concierne aquí, la universidad es formadora de ciudadanos y ciudadanas dotados de virtudes sociales y competencias democráticas. Entendemos aquí, por supuesto, que “ciudadano” es un subconjunto del concepto de “persona”, concepto mucho más amplio y dotado de una dimensión trascendente que no se encuentra en el primero. Es necesario, pues, partir de un perfil del ciudadano o ciudadana formada en universidades católicas y, a partir de ahí, establecer un itinerario formativo que deberá ser adaptado a las particulares condiciones de cada país y comunidad universitaria en la región, itinerario que implica el específico aterrizaje desde la axiología a una pedagogía que al mismo tiempo abraza los principios sociales católicos y los aplique de una forma original, audaz y específica a las necesidades de su comunidad.
- c) El perfil del universitario-ciudadano formado en universidades católicas del siglo XXI está dado por las siguientes competencias, mismas que están relacionadas con una virtud cristiana:
1. Ejerce una libertad audaz y responsable (*libertad*).
 2. Está arraigado a la historia y cultura de su pueblo (*fidelidad*).
 3. Convive dialógica y pacíficamente (*fraternidad*).
 4. Diseña futuros de desarrollo para todos (*esperanza*).
 5. Tiene una razón crítica y comprometida (*sabiduría*).
 6. Ejerce el poder en clave de servicio (*humildad*).
 7. Resiste y se opone a la injusticia y es resiliente en la adversidad (*fortaleza*).
 8. Hace con otros (*solidaridad*).

4. Respuesta y propuesta

Las universidades católicas de América Latina queremos responder al llamado que el Papa Francisco nos hace a la “conversión política”, no solo de cara a los grandes desafíos ya expuestos para nuestra región por el deterioro y desafecto por la democracia, sino, también, porque consideramos necesaria una apuesta de futuro esperanzador. Para esto, debemos construir un andamiaje cultural, marcado por valores, actitudes y capacidades democráticas, que contribuyan al fortalecimiento del



tejido social y de una convivencia comunitaria pacífica, con el propósito de resignificar la función política convencional por “la mejor política”, en clave de *Fratelli tutti*.

De tal forma, sobre el proceso de reflexión-acción de este *Encuentro*, las universidades participantes deberemos asumir obligaciones puntuales en nuestra tarea de formación de ciudadanía responsable y del llamado a la integración de saberes mediante la generación de investigación científica. Propondremos, en el marco de nuestros alcances reales, una carta compromiso y una agenda común de investigación en pro de la democracia, que sirva para detonar un nuevo proceso de acción política en nuestra región. Finalmente, se pretende conformar una publicación con los resultados del Encuentro, para difundirse y darse a conocer a más actores que deseen sumarse a nuestra misión de suscitar la necesaria “conversión política” en Latinoamérica.

5. Convocantes, sede y asistencia:

Convocan: Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe (ODUCAL) y Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP), en colaboración con el Dicasterio de la Cultura y la Educación de la Santa Sede.

Fecha y sede: 19 al 21 de septiembre de 2024, en el Campus Central de UPAEP, ciudad de Puebla, México.

Asistencia: Autoridades eclesíásticas de Latinoamérica, Rectores, directivos e investigadores de universidades integrantes de ODUICAL.